

y han procurado, no ya cumplir deberes penosos que no les aprovechaba en la tierra, sino gozar.

¡Ah! Volved, volved á la piadosa práctica de la oración en común.

Volved á la enseñanza del catecismo, á la lectura de la vida de los Santos, á la obediencia respetuosa de todas las leyes de la Iglesia.

Volved á hacer de vuestra casa un santuario. Traed á ella el pensamiento de Dios, que todo lo domine y esclarezca como el sol domina y esclarece todo el mundo. Entonces, *padre*, seréis respetado; *madre*, seréis amada; ambos seréis obedecidos, y la unión, la paz y la alegría entrarán de nuevo en vuestro hogar.

XLI

Una oración pequeñita.

¡Dios mío, que os amemos mucho!

¡Dios mío, que hagamos que os amen mucho!

¡Dios mío, que nos amemos mucho!

¡Dios mío, que Vos nos améis mucho!

-ee-

Es pequeña, muy pequeña esta oración, y puede en un minuto repetirse cuatro veces... ¿Quién no querrá dejarla escapar piadosamente de sus labios?

Es pequeña, muy pequeña esta oración, y es especialmente para las pobres almas que no saben orar ó que se hastían rezando... ¿Cuál, pues, de estas almas se negará á probar si esta oración le trae un poco de fuerza y un poco de piedad?

Es pequeña, muy pequeña esta oración; pero es dulce al corazón y útil al alma: es aun graciosa para la inteligencia... ¿Quién no querrá saborear, al menos una vez, su dulzura, su fuerza, su amabilidad? Mirad cuántas cosas encierra.

I

¡Dios mío, que os amemos mucho!

Si nosotros os amamos, ¡oh Dios mío!, permaneceremos gustosos bajo vuestra mirada, juzgándonos felices por vivir, trabajar, y recrearnos cerca de Vos, y nuestro pensamiento subirá hasta Vos, y nuestro corazón os buscará por todas partes.

Si nosotros os amamos os visitaremos con gusto, y todos los días nos veréis, alegres y solícitos cerca de vuestro tabernáculo, daros á Vos, que allí residís corporalmente, los buenos días de un hijo amante.

Si nosotros os amamos os obedeceremos con alegría, porque obedecer es contentar al amor que se tiene, es dar gusto á quien se ama.

Si nosotros os amamos iremos á Vos, antes que á ningún otro, para ser consolados, aconsejados, fortificados, y perdonados, porque sólo á aquel á quien amamos pedimos

consuelo, luz, fuerza y paz, y todo esto lo encontramos en Vos.

¡Oh! sí, sí. ¡Dios mío, que nosotros os amemos mucho!

II

¡Dios mío, que hagamos que os amen mucho!

¡Oh! Si tenemos la dicha de ser aceptados por Vos, ¡oh Dios mío!, como apóstoles vuestros, ayudas vuestros, empleados vuestros, servidores vuestros, ¡cuán felices seríamos!

Si Vos nos aceptáis para haceros amar, tendremos la generosidad de emplear en vuestro servicio todo nuestro tiempo, todos nuestros bienes, toda nuestra inteligencia, felices por trabajar por Vos, por consumirnos por Vos, por morir por Vos.

Si Vos nos aceptáis para haceros amar, seremos ingeniosos para hablar de Vos, para hallar los medios de hacer que conozcan y amen, y para emplear estos medios con prudencia y amabilidad.— Seremos firmes en defenderos, no temiendo ni los rubores de la

timidez, ni las repugnancias de la naturaleza, ni las sonrisas de la burla.

Si Vos nos aceptáis para hacer que os amen, confiaremos mucho en vuestra paternal bondad, seguros de que para cumplir nuestra misión tendremos siempre los talentos, el tino y la habilidad necesarios; que siempre hallaremos en Vos el perdón de nuestros olvidos y de nuestras faltas, la palabra que alienta, que vigoriza y que reanima, y, sobre todo, la esperanza cierta del Paraíso.

¡Oh! sí, sí. ¡Dios mío, que nosotros os hagamos amar mucho!

III

¡Dios mío, que nos amemos mucho!

Si nosotros nos amamos como se aman los hijos de una misma familia, dándose todos el nombre de hermanos, y diciéndose todos con el mismo afecto: *Padre mío*, nosotros nos ayudaremos, nos soportaremos, nos defenderemos, nos cuidaremos, nos perdonaremos, permaneceremos con gusto unos con

otros; seremos fuertes para la lucha, y llevaremos á Vos, Señor, á todos aquellos á quienes encontremos en nuestro camino. ¡Oh qué vida esta tan dulce, tan hermosa!

¡Dios mío, Dios mío, que nos amemos mucho!

IV

¡Dios mío, que Vos nos améis mucho!

Bien sabemos que nos amáis, Señor; pero esta oración os pide que nos hagáis algunas veces sentir vuestro amor.

¡Oh! Sentirse amado de Dios aunque no sea más que un momento, es la sobreabundancia de la paz y de la alegría; es para el alma el éxtasis de la *inocencia*; para la inteligencia la iluminación de la ciencia; para el corazón la más completa, más tierna, más duradera explosión del afecto; es el olvido de todas las penas y de todas las angustias; es la recompensa, que excede á toda expresión, de una vida entera de abnegación, de sacrificio y de martirio. Es la excitación más alentado.

ra á una nueva vida de abnegación, de sacrificio y de martirio.

¡Dios mío, Dios mío, que Vos nos améis mucho!

XLII

Los risueños.

¡Triste familia la de los risueños, sin que aquí los consideremos desde el punto de vista del mal que causan al alma.

¡Triste raza la de esos seres que no saben ni sentir, ni razonar, ni recogerse, y que á todo lo que oyen, venga ó no venga á propósito, y aun en las cosas más serias y delicadas, lanzan ese gutural ruido que se llama risa, y que saliendo de sus dilatados labios, no espontáneamente, sino con afectación, nada dice, á nada corresponde, y es el indicio más evidente de la inanidad y de la corrupción de su espíritu.

—3—

El risueño de quien hablamos, y cuyos diversos aspectos vamos á presentar, no es causa de alegría, de esa dulce expansión del alma que se abre á los dulces regocijos, como el soplo de la primavera abre la flor para que reciba la gota de rocío y el rayo del sol; este risueño produce el disgusto y da miedo.

Si es *indiferente*, hiela las creencias como el frío á las plantas; si es *burlón ó infernal*, devasta y destruye.

—36—

¡Oh jóvenes, y tú, mujer, especialmente! Rechazad con toda la energía de una voluntad cristiana el libro que quiere haceros reir de las cosas del alma y de Dios. Alejad de vos al que *se ríe* de lo que vuestra madre os ha enseñado á respetar.

Nada hay tan insinuante como la risa; nada tan peligroso como ella.

¡Ah! Esas cosas del alma tan grandes, tan santas, tan delicadas, de las que sería necesario hablar de rodillas; esa fe divina tan luminosa aun en sus misterios, tan firme en sus

pruebas, tan consoladora en sus esperanzas, tan atractiva aun en la sencilla exposición de sus enseñanzas, no pudiendo ser destruída por el demonio, procura hacerla olvidar bajo el ruido de la risa que ha producido, indiferente unas veces, burlesca otras, otras infernal, según el grado de perversidad del corazón y del espíritu.

I.—RISA INDIFERENTE

Es la de la ligereza de espíritu y de carácter, es el indicio de corrupción del corazón, el efecto de la primera turbación de una conciencia que no está todavía ciega, pero que comienza á ser invadida por el pecado.

Todavía no estalla; está sólo en los labios, pero se traduce en estas palabras: ¿Qué me importa?

Se ríe de un consejo. ¿Qué me importa?

Se ríe de una reprensión. ¿Qué me importa?

Se ríe de una amenaza. ¿Qué me importa?

Se ríe porque nada sabe, y quiere perseverar en su ignorancia. ¿Qué le importa?

Se ríe porque es flojo y no quiere tomarse el trabajo de escuchar ó de aprender. ¿Qué le importa?

Esta risa no trata de hacer el mal; pero lo hace. Produciéndose ante un alma sencilla le hace dudar, y la duda en un alma es el principio de su ruina.

II.—RISA BURLONA

Es la del orgullo y de la pretensión, la del *presuntuoso*.

Este no se toma el trabajo de pensar: todo lo desdeña.

No escucha para refutar: sabe más y mejor, según dice.

Él ha visto, ha comprendido, ha leído, ha reflexionado, y hélo allí hecho grande: alrededor de él no hay sino espíritus pequeños.

La enseñanza de la Iglesia y las prácticas religiosas forman esclavos, y él se ríe de los que llevan esas cadenas,

Él no apartará directamente á nadie de un deber de religión; pero dirá una de esas palabruillas que penetran como aguda punta y hacen sangre al alma y la paralizan.

No se da cuenta de que el ridículo mata; pero lo emplea únicamente para hacer acaso estimar, y *mata*.

Un obstáculo serio excitaría el valor de aquel que cree; una explosión de risa le detiene y acobarda.

La risa burlesca es el arma más mortal puesta á servicio del demonio en su guerra contra las almas.

III. — RISA INFERNAL

Es la risa del demonio, que se encarna de algún modo en un ser humano, y penetrando en las almas va á arrancarles una á una todas sus creencias, todas sus delicadezas.

Es la risa de Voltaire, de ese ser perverso, el más despreciable de los hombres, y cuyo nombre jamás debería pronunciarse sin hacer la señal de la cruz.

Esta risa es un compuesto de escándalo, de calumnias, de denigraciones. Todo está referido, mostrado y comentado con tan burlesca sangre fría, que lo hace aceptar sin contradicción y lo fija profundamente en las almas.

El que se ríe con esta risa toma todas las formas, porque es, como el que lo inspira, esencialmente hipócrita y mentiroso.

Tiene la risa casi inocente de una ignorancia afectada que se hace acoger sin desconfianza, y que le permite decirlo todo sin que parezca que trata de corromper.

Tiene la risa ligeramente burlesca para no sulfurar á los otros.

Tiene la risa fina y espiritual para dar á entender que tiene más de lo que dice y para excitar la curiosidad.

Tiene la risa forzada que muestra compasión de aquellos á quienes denigra y calumnia.

Tiene la risa cínica y grosera que arroja el mal con toda su voz... y después se retira

diestramente, dejando al mal el placer de completar su obra.

IV.—LA ÚLTIMA RISA

Es la de la muerte, que con su risa horrosa detiene las risas comenzadas en la tierra.

Es la de Dios vengador que castiga. Risa del poder y de la fuerza, que domina todas las risas del malvado y las hiela en sus labios.

Es, en fin, la del demonio, risa estruendosa, y cuyo estruendo burlesco atormentará al alma durante toda la eternidad.

Una palabra vulgar concluirá enérgicamente estas líneas.

Reid, indiferentes; reid, burlones; reid, malos y perversos. Habrá quien se ría más y más recio que vosotros: *al freir será el reir.*

XLIII

Mucho cuidado con la primera mancha.

¡Oh jóvenes! En los momentos en que dejáis, para correr el mundo, el bendito techo

de la familia y los muros también benditos del colegio cristiano, en donde la paz, la ciencia y la abnegación guardaron tan bien vuestra inocencia, ponemos ante vuestros ojos la página siguiente.

Puede ser que no comprendáis todo lo que hay en esta página, todo lo que ha querido decir el desgraciado escritor que la ha publicado, ese pobre *Lamennais*, quien, sin atreverse á confesarlo, ha contado en ella su propia historia.

Tanto mejor si no lo véis todo, pero que al menos, el sentimiento de temor que penetrará en vuestra alma mientras que lo leéis, baste para deteneros en la hora del peligro, y para hacer repetir á vuestro corazón estas graves palabras: «Mucho cuidado con la primera mancha.»



Hacia un calor sofocante: un hombre vió en la parte baja de una ladera una viña cargada de racimos; tenía sed, y le vino el deseo de satisfacerla con el fruto de la viña.

Pero entre ella y él se extendía un pantano que era necesario atravesar para llegar á la ladera, y él no se resolvía.

Sin embargo, la sed le atormentaba y se dijo: «Quizá el pantano no sea muy profundo. ¿Quién me impide probar, como tantos otros? Yo no mancharé sino mi calzado, y el mal, después de todo, no será grande.»

Se resuelve; entra en el pantano; sus pies se hunden en el *infecto* fango; pronto le llega á la rodilla; entonces se detiene, vacila, se pregunta si sería mejor volver atrás. Pero la viña y sus racimos están allí, delante de él, y su sed aumenta á cada instante.

—Puesto que ya llevo la mitad del camino, —dijo, —¿por qué volver atrás? ¿Por qué perder mi trabajo? Un poco de más ó menos fango, ¿qué significa? Por lo demás, tendré tiempo suficiente para lavarme en el primer arroyo que encuentre.

Este pensamiento le decide; avanza más y más, hundiéndose cada vez más en el fango; ya le llega al pecho, al cuello, á los labios, al fin

pasa sobre su cabeza. Casi ahogado y anhelante, un último esfuerzo lo levanta y le lleva al pie de la ladera.

Cubierto todo de un fango negro que corre por sus miembros, coge por fin el fruto tan anhelado y se harta de él. Después de eso, de mal humor y avergonzado de sí mismo, se despoja de sus vestidos y busca por todos lados agua pura para lavarse. Pero aunque lo haga, el hedor queda; la fetidez del pantano ha penetrado en su carne y en sus huesos, y de ellos se exhala incesantemente, y forma alrededor de él una atmósfera fétida. Los hombres huyen de él; á nadie puede acercarse. Se ha convertido en reptil; ¡que vaya á vivir con los reptiles!

—o—

¿No quedáis dolorosamente impresionados después de esta lectura, y este cuadro que se os presenta en la imaginación no producirá en vuestra alma un sentimiento de disgusto?

¡Ah, sí, sí, alma tan querida de Dios y de

vuestra madre!, cuidad mucho de no mancharos por primera vez.

No digáis: me detendré.

No digáis: me lavaré.

No digáis: me levantaré.

Hay pendientes sobre las que nadie se detiene, manchas que no se lavan, abismos de cuyo fondo no se sube jamás.

—•—

Vos sólo, ¡oh Dios mío!, podríais tender la mano á esta pobre alma y levantarla.

XLIV

Una oración.

Dios mío:

Héme aquí delante de Vos, pobre, pequeño, despojado de todo.

Estoy á vuestros pies abismado en mi nada.

Quisiera tener algo que ofreceros, pero no soy sino miseria.

Vos sois mi todo. Vos sois mi riqueza.

Dios mío, yo os doy gracias por haber querido que fuese nada delante de Vos. Amo mi humillación y mi nada. Os doy gracias por haber alejado de mí algunas satisfacciones del amor propio, algunos consuelos del corazón. Os doy gracias por las decepciones, inquietudes y humillaciones. Reconozco que tenía necesidad de ellas, y que los bienes de que me habéis privado me tendrían lejos de Vos.

¡Oh, Dios mío, bendito seáis cuando me probáis!

Me complazco en ser hollado, consumido, destruído por Vos.

Aniquiladme más y más.

Que yo sea en el edificio, no una piedra trabajada y pulida por mano del obrero, sino como el grano de arena obscuro y robado al polvo del camino.

Dios mío, os doy gracias por haberme dejado entrever la dulzura de vuestros consuelos. Os doy también gracias por haberme privado de ellos. Todo lo que hacéis es justo

y bueno. Os bendigo en mi indigencia. No echo de menos sino el no haberos amado lo bastante. No deseo nada sino que se haga vuestra voluntad.

Vos sois mi dueño, y yo soy propiedad vuestra. Haced y deshaced en mí. Trabajadme y destruidme. Quiero ser aniquilado por vuestro amor.

¡Oh Jesús! ¡Qué buena es vuestra mano! aun en lo más fuerte de la prueba! ¡Yo quiero ser crucificado, pero crucificado por Vos! Amén.

(General De Sonis.)

XLV

Lo que puede un alma piadosa.

Un alma, una sola alma es poco para el bien; pero un alma piadosa, es decir, un alma que sirve á Dios, que posee á Dios y que lleva á Dios consigo, es la omnipotencia divina.

¡Oh! Vosotros que desesperáis quizá de llevar á Dios una familia ó una sociedad, procurad que penetre en ella y en ella permanezca un alma que lleve á Dios consigo.

Un hombre cristiano había comprado una fábrica; pero bien pronto se apercibió de que sus obreros vivían lejos de Dios.

Un día en que entraba en la iglesia después de medio día, vió á una de sus obreras orando; era una pobre joven de dieciocho años, en quien apenas se había fijado hasta entonces, y le pareció que un rayo de luz salía del tabernáculo y se detenía en ella.

Esperó que acabara su oración, y en el pórtico aún, bajo la mirada de Jesucristo, supo de sus labios que todos los días aprovechaba el momento libre que tenía para ir á aquel lugar.

—Pero yo no pierdo mi tiempo, —añadió temblando un poco.

El dueño se sonrió. Ella tenía miedo de que se le reprochase.

—Escuche, hija mía, no hable Ud. á nadie

de nuestra entrevista, y dígame sencillamente si Dios le ha dicho algo.

—No; pero hace mucho tiempo que siento que me falta alguna cosa, y estoy triste.

—¡Oh! Esa es buena señal; lo que á usted falta, hija mía, es que no hace nada por Dios; pues bien: desde hoy va Ud. á ocuparse en convertir á sus compañeras.

—¿Yo?

Y se vió en su rostro tal admiración, y en su mirada tal muestra de sinceridad, que el dueño se puso á sonreír dulcemente. Era lo que él necesitaba; un alma que se ignorase.

—¡Sí, Ud.! Usted va á aparecer desde luego alegre, amable, buena, servicial para todos. Procurará Ud. ganar á las más jóvenes, riendo con ellas y ayudándolas en su trabajo; desempeñará Ud. las comisiones que le den las más antiguas, y sin afectación se esmerará en serles útil, y vendrá un momento á la iglesia cada vez que éntre ó salga del taller. ¿No es esto fácil? Pero hay algo más. En la noche, hacia las nueve, antes de que Ud. se acueste,

se pondrá de rodillas y rezará una decena del Rosario, que yo también rezaré por mi parte, y ambos ofreceremos una comunión cada mes.

La obrera había escuchado á su patrono con los ojos fijos en él, y cuando éste acabó de hablar:

—¡Oh!—exclamó aquélla de repente:—¡qué bueno es Dios!

Juntó las manos y se puso á llorar.



Pasaron dos meses, y un día se encontró con el dueño.

—He ganado una compañera,—le dijo,—que reza, como Ud. y como yo, una decena del Rosario todos los días, y comulga una vez al mes.

Así se proseguía, una conquista hoy... luego una interrupción, luego otra adquisición, y así sucesivamente hasta llegar á cuatro.

Mas estas cuatro obreras llevaban la alegría al taller; enseñaban alegres cancioncillas; se oían menos palabras licenciosas. — Dios realizaba su obra suavemente, con la misma

suavidad con que lo verifica en la naturaleza.

Después de quince meses de perseverancia, más de treinta obreras formaban parte de la asociación. Se cantaban muchas canciones en el taller; pero se entonaban también cánticos religiosos y se rezaba el Rosario.

¿Qué no se puede con Vos, ¡oh Dios mío!, cuando se os ruega, cuando se os sirve y cuando se os espera?

XLVI

Una trampa encantadora.

Aquella noche jugaban á las prendas varias personas en un elegante salón.

Era una numerosa reunión de amigos, llegados allí con todo el entusiasmo de la juventud y de la amistad. Se celebraba el décimo quinto cumpleaños de la primogénita de la casa, y ella fué la que, después de comer, se había empeñado en que se divirtiesen con aquel juego. ¡Son tan alegres las penitencias que se imponen!

Ella presidía, y era el juego llamado *Pichón, vuela*, el que se había escogido para tener muchas, muchas prendas. Todos tomaban parte en él: jóvenes, papás, mamás, todos; ¡era tan querida la graciosa niña!

Muchas veces ya, unos más y otros menos, se habían alzado los dedos al sonar el nombre de un pájaro; las prendas abundaban.

—Pronto se va á acabar; ¡cuidado!—dijo la señorita María sonriendo.

Y con increíble naturalidad, para mejor engañar á los jugadores, añadió:

—*¡Elefante, vuela!*

Un solo dedo, el de su padre, se levanta.

Era un buen padre el de la señorita María; excelente, trabajador, hombre hábil para los negocios, pero ¡ay! como tantos otros vivía lejos de Dios.

Una risa homérica estalló á vista de aquel dedo levantado; el papá mostró una forzada sonrisa y entregó su reloj en prenda á la señorita María, que, risueña y maliciosa, declaró terminado el juego.